



Sagrados Corazones
PROVINCIA DE ESPAÑA

El Padre Damián biografía de Hilde Eynikel (9)

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

Sumario

EL PADRE DAMIÁN, biografía de Hilde Eynikel (9)

Capítulo XIX

LAS FRANCISCANAS (Noviembre 1888 – Febrero 1889) 3

Capítulo XX

NUNC DIMITTIS (Febrero 1889 - Abril 1889) 10

EL PADRE DAMIÁN, biografía de Hilde Eynikel (9)

Capítulo XIX

LAS FRANCISCANAS (Noviembre 1888 – Febrero 1889)

Libro pg. 279-287

Al amanecer, [279] Damián acogió a las religiosas con una gran sonrisa y dio gracias al Señor por haberlas enviado. Después de la misa, retornó a Kalawao invitando al padre Matías a acompañarle, pero éste debía construir un altar en la pequeña capilla del convento de las hermanas. La joven religiosa alemana se presentó tres días más tarde y constató para su asombro que Damián estaba ocupado en dar a sus jóvenes huérfanos, albañiles y obreros, sus instrucciones para la cobertura de su iglesia como *"un hombre que se encuentra en su elemento y que no está enfermo. El padre Damián no parece querer detenerse más que cuando caiga por completo. [...] Visitamos los grandes dormitorios que el gobierno ha hecho construir para una centena de muchachos. Suena el mediodía o más bien el Ángelus. Los niños se precipitan hacia el comedor, pero el PD les hace salir y me dijo: Entre, Padre, y vea cómo son servidos mis niños. Entré y me sorprendió el encontrar las mesas bien surtidas de platos de carne fresca, de poi, de arroz; cada niño, así como las personas mayores, tenían su ración de galletas o de pan. Igualmente se les asignaba 10 \$ al año para comprar vestidos. Sus casas eran confortables, como las de los kanakas que tienen una fortuna media. En verdad el gobierno hawaiano merece elogios, no hay otro que haga tanto por sus sujetos sufrientes.*

El 19 de noviembre, fiesta de santa Isabel de Hungría Matías bendijo la capilla del convento y se fue a Kalawao. Damián tenía los ojos inflamados, había pasado la noche administrando a dos enfermos y había leído su breviario. Rehusó la propuesta de su compañero de dispensarle de esta lectura y reemplazarla por la recitación del rosario. El joven misionero pensó cuánto le hubiera deseado trabajar con De Veuster. Damián insistió para que asistiese a un enterramiento: *"Veréis lo que jamás habéis visto y que quizás jamás [280] tendréis ocasión de volver a ver. Esta es la mayor solemnidad en Kalawao. Si no veis eso no habéis visto nada".* Matías quedó impresionado por *"el cortejo de mujeres y muchachas vestidas de negro, los músicos tocando lo que encontraban de más bello en su repertorio. Los kanakas de la leprosería acostumbran a enterrar a sus muertos con decencia y hasta con pompa. Es por lo que hay dos asociaciones de hombres y de mujeres que deben asistir a los entierros y a la misa que se dice por ellos".* Damián explicó al recién venido

que las necesidades de base de los leprosos estaban satisfechas pero que tenían sobretodo necesidad de amor y de afecto, a la vista del poco tiempo que les quedaba para vivir. Le pidió que comunicara a sus superiores que tenía 2.000 dólares más en la banca; Fouesnel estimó de inmediato que Damián debía financiar con ese dinero la reconstrucción de Santa Filomena o pedir al Consejo de salud de asumir estos gastos, porque toda la leprosería pertenecía al Estado.

Una semana más tarde, Wendelin llegó por fin para *"ser el capellán de las hermanas franciscanas y párroco de la parroquia de Kalaupapa, todo a la vez, independiente del padre Damián"*. Fouesnel le había pedido mucho *"ser prudente y no hacer por los leprosos más que lo que exige el santo ministerio, manteniéndoles aparte de la misión"*. Al presente había cuatro sacerdotes en la leprosería - Damián, Wendelin, Matías y Conrardy - , lo que jamás se había visto. Por otro lado, el padre Colomban Beissel servía el otro lado de la isla. Poco después, Matías se volvió con el vapor que llevó enfermo al enfermero irlandés James Sinnet. Este último se fue de inmediato a Kalawao y entregó al doctor Swift los papeles oficiales declarando: "Estoy a sus órdenes". Swift miró fijamente este pájaro raro de cabellos color cobre y con larga barba y volviéndose hacia Dutton, bromeó: "Te quejas siempre de tener demasiado trabajo, pues bien, José, este es tu nuevo asistente". Desde el día siguiente Sinnet quiso revolucionar el orfanato: había que educar a los niños en lugar de dejarles jugar, construir retretes para impedirles hacer sus necesidades en los bosques, lo que iba en contra de la higiene y favorecía la inmoralidad. Meyer temía que estas exigencias provocaran nuevos conflictos, en el momento en que todo marchaba tan bien: la asignación otorgada a los huérfanos había sido aumentada y los presupuestos habían sido votados para la construcción de dormitorios destinados a los adultos.

Un mes después de su llegada a Molokai, las religiosas efectuaron su primera visita a Kalawao. Damián les mostró los trabajos de [281] restauración de su iglesia que esperaba terminar antes de su muerte, después llevó a la madre Mariana y a sor Leopoldina al orfanato, suplicándolas que se ocuparan de sus niños, chicos y chicas, después de su muerte.

Él mismo se acercó a Kalaupapa varias veces, pero no entró jamás en la capilla de las hermanas, lo que sor Leopoldina consideró como una señal de piedad por su parte. Damián había encontrado su equivalente en esta religiosa que daba pruebas de una alegría de vivir ante cualquier situación. Su compañera, sor Vicenta, estaba deprimida por la leprosería, y madre Mariana se ocupaba principalmente de la administración y de la gestión del hogar. Leopoldina era la que pasaba el mayor tiempo con los niños y era la más popular entre los enfermos; lavaba la ropa con las mujeres en el riachuelo y llevaba a nadar a las muchachas. Era encantadora y sencilla, pero un tanto infantil y tenía tendencia a entusiasmarse o a trastornarse por una nada. El día que descubrió a Damián arrodillado, descubierta la cabeza bajo la lluvia, rezando apoyado contra el muro de su oratorio, se emocionó hasta las lágrimas. El misionero tuvo por desgracia poco tiempo para entretenerse con los estados de alma de la devota religiosa, tenía un encuentro con Wendelin que le comunicó una nueva

exigencia de sus superiores: las religiosas reclamaban una iglesia más próxima a su convento. Nuestra Señora de los Inválidos, que Damián había en su tiempo construido para el padre Albert Montiton, les chocaba por sus colores llamativos y los bancos en tres lados vueltos hacia el altar distraían a los fieles en sus devociones. A Damián le costó hacerles caer en la cuenta de que los enfermos ya no distinguían los tonos pastel y que la forma en cruz les permitía ver mejor el altar, pero ellas rechazaron sus objeciones; debía construirles un nueva capilla, ya sea utilizando el dinero de los donativos o bien desplazando el antiguo santuario.

Damián dejó para más tarde estos fastidios, no quería echar a perder la visita del pintor británico Eduardo Clifford. Éste desembarcó poco antes de Navidad. Apretó la mano leprosa de Damián que le declaró calurosamente y de manera informal: "Eduardo, es la Providencia quien te trae, sabía que vendrías". Por ser muy pesada para las chalupas la caja que contenía los regalos de Inglaterra, los marinos desembarcaron su contenido casi pieza por pieza y todos pudieron admirar inmediatamente las numerosos lienzos (cuadros) y grabados colocados sobre las rocas, sobre todo un cuadro al pastel del célebre pintor inglés Burne Jones representando la [282] *Visión de San Francisco*. Toda la aristocracia inglesa había cotizado para mostrar que pensaba en los relegados de Molokai. Los pacientes quedaron particularmente entusiasmados por el piano de Barberie que podía tocar cuarenta melodías diferentes. No fue un pequeño quehacer el de transportar todos estos regalos sobre las rocas mientras batía la lluvia, pero esto no parecía contrariar en nada a Clifford que estaba joven, con buena salud, perfectamente equipado y sobretodo feliz al constatar que Damián se encontraba en una condición física menos mala que la que había supuesto.

Clifford sería el último amigo que recibiría Damián. Pidió al misionero la autorización de hacer su retrato y De Veuster, que rehusaba siempre figurar en las fotos, aceptó complacido. Las largas sesiones posando sobre la terraza de primer piso, eran continuamente interrumpidas por los hawaianos que, so pretexto de algún asunto, venían a comentar el trabajo. El pintor constató que conocía a todas sus ovejas a quienes llamaba familiarmente por el nombre, viendo cómo era amado por todos. Discutieron largamente de religión; lo esencial para Damián era la entrega cuidando a los leprosos y la devoción del corazón. Esperaba que las parejas casadas jamás se separaran, era necesario que los enfermos exiliados pudiesen continuar llevando una vida normal, tenían necesidad de cuidados y de asistencia, de un alojamiento decente, de vestidos y de alimentos, pero sobretodo de amor, de simpatía, de alegría y de amistad. En este mes de diciembre 1888, no se conocía aun ningún remedio contra la lepra. y Damián confiaba a su amigo que si, para asegurar su propia curación, tuviera que abandonar a sus enfermos, rehusaría categóricamente. Cuando el retrato estuvo terminado, Damián le confesó suspirando que apenas se reconocía: no había espejos en Kalawao.

Conrardy que quería ofrecer a los niños una Navidad a la americana, rogó a Emerson - presidente del Consejo de salud - que pudieran reunir juguetes, y Damián añadió algunas líneas de elogios sobre el trabajo del Consejo.

Sabiendo que sería la última Navidad del misionero, el doctor apoyó enteramente el proyecto. Por razón del mal tiempo, Damián no pudo sin embargo distribuir personalmente los regalos a los niños hasta el 5 de enero.

Meyer también tenía una sorpresa. Un cuarto de hora antes de la misa de medianoche, cuando los niños atravesaban tradicionalmente el poblado tocando el tambor, Meyer, su familia y su equipo, lanzaron desde lo alto del *pali* ramas inflamadas para ofrecer unos fuegos artificiales a los leprosos.[283]

Después de la misa de la aurora, Damián se reposó un poco, porque la jornada de Navidad sería fatigante: Dutton había preparado un espectáculo con los jóvenes, y las religiosas acompañarían a las muchachas aún válidas a la fiesta. Poco antes de su llegada, Damián abrió los regalos personales que Clifford le había traído: entre ellos se encontraba notablemente un libro de himnos con dedicatoria de Lady Grosvenor y sus tres niños: "Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia".

Madre Mariana, que deseaba quedarse con las niñas enferma, envió a sus dos compañeras a Kalawao, repitiéndoles mucho que no comieran ni bebieran para evitar toda contaminación. En el momento en que Damián las acogió con un gozoso "*Merry Christmas*", un carricoche irrumpió en la misión, trayendo a Damián un presente de fin de año de la firma Hollister & Co: una serie de pipas y de paquetes de tabaco que el misionero distribuyó enseguida después de haberse escogido una pipa de espuma blanca. Meyer anunció que él ofrecía nuevos vestidos y zapatos a los cien huérfanos. Damián ignoraba todavía el regalo que le reservaba su obispo: bajo la presión del Consejo, había pedido al superior general de la congregación poder dejar a Conrardy en Molokai sin imponerle el noviciado.

El espectáculo representando la historia de Daniel en la fosa de los leones fue calurosamente aplaudido por toda la asistencia. Damián hizo a continuación admirar los resultados de la gran limpieza que había hecho realizar en los dormitorios, después las invitó a su casa. Podían comer sin temor, la comida había sido preparada por el enfermero James Sinnet, la vajilla provenía de la casa del doctor Swift y él, Damián, no se sentaría a la mesa con la compañía que se componía también de Clifford y de Conrardy. Después de este momento de esparcimiento, animado por las historias apasionantes del pintor y del misionero [Conrardy] que había trabajado entre los indios 'pieles rojas', las hermanas volvieron cantando. Cuando ellas contaron a su superiora que habían "desobedecido", madre Mariana obligó al capellán Wendelin hacer venir inmediatamente a De Veuster a quien llenó de reproches y le obligó a pedirla perdón de rodillas. Era ya de noche cuando él entraba en Kalawao, pero le dio tiempo de controlar los dormitorios del orfanato, consolando aquí y allá a un niño inquieto, dándole una manzana y haciéndole la pequeña cruz ritual sobre la frente. Estaba orgulloso de sus manos, porque las falanges del pulgar y del índice que sostenían la sagrada hostia no habían sido atacadas por la lepra.

Después de dos semanas de estancia en Molokai el pintor Clifford se despidió de Damián que le ofreció una estampa adornada con flores secas[284] que había recibido de Jerusalén y en cuyo dorso había escrito: "A Clifford de parte de su amigo leproso. J. Damián". E pintor le rogó que escribiera unas palabras en su ejemplar de la Biblia, Damián se presto a ello muy a gusto y anotó: "Estaba enfermo y me has visitado. J. Damián De Veuster, Kalawao, Molokai, 30 de diciembre 1888"

La noche de San Silvestre, no hubo allí fuegos artificiales en la cumbre del *pali*, porque todos los pacientes querían asistir al día siguiente a la llegada del vapor *Likelike* que el banquero Samuel Damon había totalmente alquilado para permitir a las familias y amigos de los encerrados para que vinieran a desearles el Año Nuevo. Reynols acababa de ser nombrado subintendente y la organización de esta visita era su primera misión. Era todavía de noche cuando la colonia de leprosos al completo - un buen millar de hawaianos y de mestizos, seis ingleses e irlandeses, dos alemanes, un polaco y un ruso, un portugués, un francés, un micronesio de Rarotonga, veintitrés chinos y el sacerdote belga - se reunieron en el muelle. Una primera chalupa se acercó teniendo a bordo a Damon y la familia Reynolds, El banquero quería arreglar inmediatamente algunas modificaciones en el testamento de Damián que le había encargado Kőeckemann - al presente era necesario nombrar a Wendelin y Damon como ejecutores - después partió de inmediato para el convento, porque él estaba en gira de inspección y quería consultar a la madre Mariana, que según los superiores religiosos, era la única persona - después de un mes y medio de estancia en Kalaupapa y una sola visita a Kalawao -, que podía conocer la realidad de la leprosería. Durante este tiempo, se había puesto en acción un drama que se representaba en la playa. La mar estaba tan alborotada que el capitán rehusó dejar abordar a las otras chalupas. Hombres saltaron a las aguas y franquearon el primer ramo nadando, mientras que las mujeres tuvieron que contentarse con agitar las manos en dirección a los seres que les eran tan queridos. Lágrimas y gritos histéricos reemplazaron bien pronto a los gozosos encuentros. Horrorizado, Clifford, que debía partir en el *Likelike*, confió a Damián que no hubiera podido pintar un espectáculo tan desesperado; estas fueron las últimas palabras que dirigió a su amigo leproso. Después de que el vapor dejó de verse, el misionero fue a una reunión que Swift había convocado con urgencia. Sinnet quería absolutamente construir retretes cerca de los dormitorios. Damián no ignoraba que era una necesidad, pero también sabía que los niños hawaianos no los utilizarían; Swift pretendía por otra parte señalar que serían un foco de infección, porque el suelo era demasiado duro para perforar profundamente y no se disponía de medio alguno para evacuar los excrementos. Para desembarazarse del enfermero que quería poner todo patas arriba, el doctor le autorizó a tratar a los enfermos con las enormes provisiones de aceite de Gurjun traídas por Clifford, una sustancia que no ayudaba para nada a curar la lepra, pero que aportaba a los pacientes un alivio psicológico. El humor había forjado un sólido lazo entre Swift y De Veuster; tuvieron necesidad de él cuando recibieron una carta preconizando un nuevo remedio: excrementos de perro mezclados con melaza. "Si este bálsamo llega a alcanzar algún día popularidad, reía sarcástico

Swift, tendremos trabajo para enfermeros cualificados como Sinnet. Voy a escribir a Emerson que me deje a mi en el porvenir elegir a mis enfermeros".

Para su cuarenta y nueve aniversario, Damián recibió los deseos de felicidad de su obispo: *"Espero aún para usted muchos años sobre la tierra. El diablo hará todo lo posible para poner trabas en las buenas obras sembrando la cizaña de una u otra especie, pero esperemos que el Dios de la misericordia nos asistirá en nuestra debilidad y conducirá todo a buen fin"*. Köeckemann le pidió que transmitiera sus buenos deseos para el año nuevo a Dutton y Sinnet, pero no hizo ninguna mención de Conrardy. En su respuesta dictada a Conrardy - Sinnet, que le servía habitualmente de secretario, no conocía el francés - Damián pidió a su superior que le otorgase una dispensa del breviario.

En Honolulu, Clifford, que esperaba la llegada de su amigo, el escritor Robert Louis Stevenson recibió una carta de Chapman que había vuelto a reunir mil libras esterlinas, sobre las que precisaba bien que estaban destinadas a Damián y en concreto para los trabajos de restauración de Santa Filomena. Los niños sobretodo tenían necesidad de ayuda. Reynolds quería repatriar a Kakaako a todos aquellos que no estaban enfermos antes de que el doctor Swift procediera a una vacunación antivariólica masiva susceptible de transmitir la lepra. La madre Mariana le incitaba también a expulsar a todos los *kokua* que habían infringido las reglas del asilo, habían cometido actos de vandalismo o se entregaban a la bebida. Reclamaba así mismo una nueva prisión en Kalupapa y tenía a veces exigencias que Meyer encontraba irrazonables. . Se quejó a Köeckemann de que Damián no había comenzado todavía los trabajos de desplazamiento de la iglesia de Kalaupapa. Damián tenía esta vez una excusa con que defenderse: el obispo todavía no había consignado el presupuesto para la construcción de la nueva iglesia y la casa parroquial de Kalaupapa y no se atrevía pedirle utilizar el dinero de los fondos ingleses, porque estaba seguro que le opondría un rechazo. Emerson estimaba que este desplazamiento no era indispensable, pero, para probar la buena voluntad del Consejo, propuso asumir los gastos del desplazamiento sobre ruedas, lo que se reveló imposible, porque Damián había cavado profundas fundaciones para evitar que el edificio fuera arrancado por una tempestad. Bajo la presión de la madre Mariana y de Wendelin, Köeckemann escribió, el 28 de enero 1889, una carta agresiva a Damián: *"Sabed bien que no quiero herir los sentimientos de nadie si el deber me obliga a ello y que no tiendo en manera alguna a imponer mi propia voluntad por gusto. Por lo que he podido saber, ni Leonor ni el Sr. S.M. Damon son los autores de la idea de cambiar la iglesia de Kalaupapa de lugar. Buscamos más bien serviros que contrariaros con actos de autoridad. Las razones que alegáis son respetables [...] pero hay razones de utilidad real a favor de un cambio, no veo por qué la razón no está por encima de los sentimientos"*. Le exigió que discutiera la cosa con Wendelin y madre Mariana. *"Si no pueden ponerse de acuerdo, será un placer para mi conceder el consentimiento; en caso contrario, me veré obligado a decidir la cuestión con la perspectiva de ser injuriado"*.

Después de una carta marcada con una simpatía inhabitual, donde aconsejaba a Damián que dejara a Wendelin resolver sus propios problemas, ya que sería él al fin de cuentas quien habría de utilizarla iglesia que quería desplazar la iglesia que quería desplazar, Fouesnel le intimó la orden formal de comenzar lo más rápidamente posible la iglesia nueva, "colocándola en el lugar que designara Wendelin que es el residente y el párroco *INDEPENDIENTE de Kalaupapa*" No mencionó que la madre Mariana había amenazado con presentar su dimisión al Consejo si no obtenía un lugar de raciones más próximo a su convento y la autorización de construir una nueva casa parroquial para Wendelin en el lugar que ella deseaba.

El 1 de febrero, Köeckemann trastornó todos los proyectos. No dejó filtrar que a instigación de Meyer el Consejo había rehusado el desplazamiento de la iglesia considerando esa tarea como absurda. El obispo dejó creer a Damián que él mismo había decidido con su autoridad dejar la iglesia en su antiguo lugar y le ordenó agrandarla: *"Quiero de verdad la mayor amplitud para emplear el dinero puesto a vuestra disposición para los fines específicos de los donantes. Solamente cuando se trate de objetos de culto, el buen orden en principio parece exigir que se me comuniquen las ideas y los planos, con el fin de que yo pueda aprobarlos. Ya os había permitido agrandar la iglesia de Kalawao y no encuentro mal lo que hicisteis. Sin embargo estaba yo un poco mortificado al encontrarme con informes detallados en los jornales de América y de Europa, que me eran desconocidos Parece que actualmente vuestra salud está ahora un poco mejor que la del padre Wendelin".* A su superior general, el obispo le confía: *"Desgraciadamente Wendelin sufre aquí físicamente y, pienso que también moralmente, aunque él declaró que iría allí [Molokai] sin repugnancia. Si hubiera que remplazarlo no sé a quién escoger porque la mayor parte son al mismo tiempo indispensables en sus puestos respectivos".* ¿Dónde estaban todos los picpucianos que seis meses antes figuraban en la lista de espera para Molokai?

A pesar de todas esas querellas intestinas, Damián pasó las últimas semanas de su vida rodeado de gentes que querían ayudarlo. El doctor Swift proporcionó un pupitre de pino y una mesa con un pie central. Fouesnel pidió un poco por toda partes mobiliario para santa Filomena le envió balaustradas para cerrar el altar mayor, esperando encontrarle un Crucifijo, pero temiendo no poder lograr enviar en el tiempo requerido el paño mortuario y la telas blancas de la comunión que debía aún hacer confeccionar. Damián hizo pintar la iglesia en color bermellón y amarillo cromado, colores vivos que los enfermos pudieran aún distinguir.

El 12 de febrero 1889, escribió por última vez a su hermano Pánfilo: *"Por el estado de la enfermedad que Dios buen a tenido a bien comunicarme, me abstengo de escribirte como otras veces, así como a la familia. Pero me parece que vosotros deberíais escribirme al menos tan a menudo como otras veces, si no más. En fin, estoy siempre feliz y contento, y aunque muy enfermo, no deseo otra cosa que el cumplimiento de su voluntad. Tengo aquí un sacerdote de Lieja - P. Conrardy conmigo y el P Wendelin está en el segundo poblado. Además dos hermanos que me ayudan a cuidar de un*

centenar de huérfanos que tengo aquí bajo mi responsabilidad. Tenemos también Hermanas, 3 franciscanas hospitalarias. Los ingleses de Londres, lo mismo protestantes que católicos, simpatizan mucho conmigo y con la obra a que me he consagrado. [...] En el altar al que hasta ahora puedo subir todos los días (con una, cierta dificultad, por cierto), no olvido a nadie de entre vosotros, y en correspondencia tened la bondad de rezar y hacer rezar por mí, que me arrastro suavemente hacia mi tumba. Quiera Dios bueno fortificarme y darme la gracia de la perseverancia y una buena muerte. Tu afectísimo hermano en os Sagrados Corazones".

Capítulo XX

NUNC DIMITTIS (Febrero 1889 - Abril 1889)

Libro pg. 289

El "viento del diablo" que, a mitad de febrero, sopló de Pelekunu, aceleró muy probablemente el fin del padre Damián. La tempestad arrancó, para empezar, el nuevo tejado de Santa Filomena, derribando al mismo tiempo algunas casas y pabellones del hospital. En Kalaupapa una niña fue herida y madre Mariana, levantada por una ráfaga violenta, aterrizó entre los brazos de un leproso que se había precipitado en su socorro. La nueva capilla de los mormones fue completamente destruida. La escuela también fue aventada, pero la iglesia tan controvertida del padre Alberto no sufrió ningún daño cuando todas las construcciones cercanas fueron derribadas. Durante toda una semana, la mar estuvo tan agitada que ninguna mercancía pudo ser desembarcada. Reynolds puso inmediatamente a trabajar a sus obreros chinos, y unos días más tarde, todos tenían de nuevo un tejado. Swift contó en Honolulu que varias personas habían sido heridas, pero esta catástrofe no cambió su buen humor, porque una enfermera anglicana de origen inglés dirigiría en adelante el hospital; como madre Mariana había dejado entender que ella no se ocuparía de los hombres y de las mujeres casadas, no pudo oponerse.

De paso e Molokai, el doctor P.A. Morrow, editor de una revista médica neoyorquina, que quería escribir un artículo de fondo sobre la lepra para un congreso de París, pudo constatar la amplitud de los daños. Iba acompañado por un fotógrafo profesional que tomó varios clichés de Damián. Muestran a un hombre debilitado con el rostro hincado, el brazo en cabestrillo rodeado de sus huérfanos, otra posando ante Santa Filomena todavía llena de andamios.

Al día siguiente, 20 de febrero, Damián fue por última vez a Kalaupapa. Rehusó la invitación de la madre Mariana de entrar en el recibidor del

convento, se sentía "impuro". Al anochecer, se las veía mal para subir a su carricoche (buggy), no re atrevía a llamar en alguna casa de sus parroquianos para calentarse; pensó por un instante pedir la hospitalidad de Wendelin, pero sabía que el religioso alemán y no podía recibir a ningún leproso en su casa. Al ver lucir las lámparas detrás de las ventanas de las hermanas, decidió tumbarse un instante bajo la veranda y se durmió. Recién amanecido, sor Lepoldina lo encontró. "Se muere, gritaba. Tiene cara de muerto".

Se encontraba al final de sus fuerzas. Leyó una carta de Clifford pero no tuvo ánimos para contestarle y pidió a Sinnet que se encargara de ello. Las diarreas le vaciaban, la tos le impedía respirar, no soportaba ya la luz y ya no dormía de noche, a no ser algunas horas al levantarse el sol, y sin embargo continuaba trabajando. Consiguió garabatear algunas palabras al final de la carta a Clifford: "Mi amor y mis mejores deseos a mi buen amigo Eduardo. Trato de terminar lentamente mi calvario y espero llegar pronto a mi Gólgota". Al leer esta nota el pintor declaró a Stevenson que acababa de llegar a Honolulu: "La gente no considera a Damián como un héroe porque está tallado de un madera totalmente distinta" y envió al misionero una cesta de frutas frescas, pan y mantequilla. Meyer llegaba a verle regularmente y le llevaba pequeñas noticias: Keanu, el prisionero a quien el doctor Arning había inoculado la lepra, había llegado a Kalawao y el agente, que encontraba inhumano encerrarle, había instalado al moribundo en una pequeña casa del hospital; la cocina privada reclamada por las Hermanas estaba terminada; Wendelin persistía en querer desplazar la iglesia y exigiendo una nueva casa. Damián pensaba en lo que sucedería después de su muerte porque el misionero alemán era su ejecutor testamentario.

Fousnel le envió una vestimenta de alpaca y una rebeca tricotada, porque sabía que los moribundos sufrían de frío. Consciente de que solo un milagro podía aún salvarlo, Damián dictó unas palabras para sus amigos Chapman y Clifford: "No quiero desafiar a Dios. Mi corazón se separa del amor terrestre y aspira al deseo de toda alma cristiana, estar pronto o más tarde reunido con Aquel que es la verdadera vida". Pasaba mucho tiempo en compañía de Clayton Strawn, el antiguo mercader de esclavos que se convirtió en un buen católico, que le recitaba poesía y evocaba sus alegrías y sus querellas pasadas.

El 1 de marzo, Damián rogó al doctor Swift que visitara a una mujer moribunda. Al día siguiente tuvo él mismo una indisposición, sufría dolores terribles en el abdomen y su mano sangraba. Consiguió no obstante escribir al médico una última nota que le agotó, en la que le pedía consagrara un minuto de su preciso tiempo a otro enfermo que arrojaba sangre.

Wendelin al haber señalado a sus superiores que el estado de Damián empeoraba, Fouesnel le envió una nota llena de compasión, mientras Köeckemann le pidió pusiera su firma sobre una versión de su testamento, asegurándole que, mientras estuviera en vida, él no tocaría su dinero que sería después enteramente consagrado a la leprosería.

Damián tenía todavía una última tarea que realizar: el doctor Emerson le había pedido que dictara a Dutton la historia de su enfermedad. Comenzó el 10 de marzo por estas palabras: "Yo, José Damián De Veuster, sacerdote católico, nacido en Bélgica de padres belgas, de cuarenta y nueve años. Ni escrófula, ni sífilis en la familia en la que todos os miembros están sanos y fuertes. He servido como sacerdote en la isla de Hawaii de 1864 a 1873". Tenía tanto que contar; estirado en su sillón cerrados los ojos, veía desfilar su vida. Cuando se dormía, Dutton dejaba la pluma e iba a ocuparse de los muchachos del orfanato. El misionero les compró dos bolsas de canicas por 8,50 dólares, creyendo utilizar así el dinero de los fondos por una noble causa: fue este el último pago que efectuó. Su sola esperanza era el que la iglesia se terminara antes de su muerte. Fouesnel hacía cuanto podía para encontrarle objetos de culto y Damián creyó por un instante que su provincial había abandonado su agresividad contra él. Por eso se quedó admirado al recibir una misiva conminatoria: *"Ahora mi querido padre, debo decirle algo que le causará mucha pena, pero usted verá que no somos nosotros la causa. Un miembro del BOH ha venido aquí a comunicarnos una decisión del BOH de dar un último aviso severo en cuanto a las cartas que él [Conrardy] escribe a todos los rincones del mundo para darse a conocer y admirar a costa de los otros. Lo que está subrayado es la traducción, casi palabra por palabra de lo que ese Señor nos ha dicho. Y si él no quiere escuchar, a la primera carta que llegue aquí, el Board le expulsará, Usted ve por tanto ahora que no somos solamente nosotros los que tenemos que quejarnos. Por qué hablar de cosas que no que no se conocen, para hacer hablar de sí mismo, y sin duda, dicen estos señores, para reemplazar al PD sobretodo con el fin de recibir sumas de dinero. El ha querido quedarse, el se ha quedado allí. Ahora que usted se convierte en un impotente, se enfadará por que se le haga marcharse; porque entonces él querrá sacrificar a otro, al R.P. Wendelin que no está aún bastante fuerte para realizar todo el trabajo. Los voluntarios no faltan, pero sería una falta de piedad el retirar, por ejemplo, a un P. James de su distrito en el que hay más de 1000 portugueses a quienes él ha hecho mucho bien. Trate pues de hacerle corregirse y de hacer el bien en silencio por la gloria de Dios y sin buscar la aprobación de los hombres, que bien podría ser toda la recompensa que vaya a recibir"*. Conrardy no tenía la menor idea de la carta de a que hablaba Fouesnel; suponía que se trataba del informe que había enviado al obispo de Oregón y que había sido publicada, pero no veía en ella nada de ofensivo. Confió a su hermana que la tempestad venía sin duda de Bélgica.

La tempestad soplaba también e la casa de Damián. Su amigo Meyer, que había leído el artículo incriminado publicado en Birmingham, se preguntaba si la carta en cuestión había sido dictada por el sacerdote a quien él consideraba como un "santo viviente" o si era la obra solo Conrardy. Hawaii era un paraíso infectado por la lepra que ningún turista quería ya volver a visitar, de modo que el agente tenía la intención de enviar una carta abierta al periódico inglés. Damián creía que se trataría de u error. Köeckemann le dio de nuevo una patada por detrás: Parece que se han olvidado enviar mi circular escrita por orden de la sagrada congregación de la Inquisición en relación al asunto de los matrimonios mixtos. Esta son las respuestas de las que espero una respuesta [...]. Damián la envió a vuelta de correo y pidió si todo estaba

arreglado en lo que concernía a su testamento. El obispo le respondió que no volviera a importunar más sobre este asunto.

El 19 de marzo 1889, Damián debía haber celebrado el veinticinco aniversario de su llegada a las islas, pero solas la madre Judith y sor María Lorenzo le enviaron sus felicitaciones. Dutton y Damián se congratularon mutuamente por su fiesta, pues se llamaban los dos José. Como felicitación, Fouesnel le reprochó su última carta escrita "mojando vuestra pluma en la hiel", le trató también de "cabeza caliente" que causaba problemas a todos cuantos deseaban serle agradables. Le señaló que esperaba encontrarle un Cristo grande para su iglesia. Al día siguiente le anunció: "El gran Cristo está retenido en Wailuku donde el padre sacristán pretende tener necesidad de él", el paño mortuorio estaba casi presto pero cortado en terciopelo menos costoso; en cuanto a las sabanillas de comunión, Fouesnel pidió a Damián que las hiciera confeccionar y bordar por los leprosos. Declaraba honestamente no comprender la impaciencia del misionero, que no le quedaba más que un mes de vida.

En una visita posterior, Meyer mostró a Conrardy el artículo que había hecho correr tanta sangre. Analizaron juntos el contenido y concluyeron que se trataba de una recopilación de la carta enviada al obispo de Oregón, Mons. Gross y de consideraciones pescadas en el libro de Stoddard, el total salpicado con una buena dosis de fantasía. El agente decidió no volver más sobre el asunto, a condición que Conrardy fuera en el porvenir más prudente. Meyer se declaró feliz de que esta pequeña diferencia se arreglara, porque así podría retomar sus visitas informales con su amigo Damián.

El misionero se acostaba siempre "por tierra sobre un pobre colchón de paja, como el más sencillo y más pobre de los leprosos". El 28 de marzo, no se pudo levantar más que a cuatro patas apoyándose en una silla; se vistió como pudo y consiguió a duras penas llegar a la terraza; estaba sudando y sentía la impresión de que una mano le oprimía el pecho. Sinnet lo vio y le ayudo a sentarse. Damián no volvería a descender más los escalones de la veranda. "Este día arregló sus asuntos temporales, cuenta Wendelin. Después de haber firmado sus papeles, me dijo: qué contento estoy e haber dado todo a Monseñor, ahora muero pobre, no tengo ya nada mío. [...] Tuvimos mucha dificultad en hacer que aceptara una cama. Él que ha gastado tanto dinero para aliviar a los leprosos, se olvidó de sí mismo hasta el punto de no tener ropa interior para cambiarse ni sábanas".

El lunes 30 de marzo, Conrardy envió una palabra al doctor Swift, rogándole que viniera lo más rápidamente: Damián rehusaba alimentarse. El médico diagnosticó una fuerte fiebre así como una ulceración de la lengua y del paladar. El pulso del enfermo latía a 96 y su temperatura se elevaba a 39,4 °C. El médico le prescribió un febrífugo que, dos horas más tarde, no había hecho ningún efecto. Consiguió que tomara un poco de carne cruda picada y constató con alivio que el misionero no presentaba ningún signo de infección de las vías respiratorias.

Por la tarde, Damián pidió a Wendelin que le preparara a la muerte. *"Era en verdad edificante verle, relata este último, parecía tan feliz. Cuando escuché su confesión general, me confesé con él; después renovamos juntos los votos que nos unen a la congregación"*. Como la fiebre no bajaba, Swift prescribió quinina y aconsejó a Conrardy, Dutton y Sinnet velarle remplazándose. Al día siguiente, Conrardy hizo venir a Wendelin para darle los últimos sacramentos. *"Recibió el Santo Viático, escribió Wendelin. Durante la jornada, estaba alegre y feliz como de costumbre. ¿Ven mis manos?, decía, todas mis llagas se cierran, la costra se vuelve negra, es el signo de la muerte. Hubiera deseado mucho ver todavía una vez a Monseñor, pero el Dios bueno me llama a celebrar la Pascua con Él. ¡Que Dios sea bendito por ello! [...] ¡Qué bueno es Dios, me dijo al correr del día, por haberme conservado bastante tiempo como para tener dos sacerdotes a mi lado para asistirme en mis últimos momentos y además saber que las buenas hermanas de la Caridad están en la leprosería, este era ya mi nunc dimittis. La obra de los leprosos está asegurada, ya no soy necesario, así que dentro de poco me iré allá arriba. Cuando estéis allá arriba, Padre, le dije, no olvidaréis a los que dejáis huérfanos. ¡Oh no!, respondió él, si tengo algún crédito al lado de Dios, intercederé por todos los que se encuentran en la leprosería. Le pedí que me dejara su manto, como Elías, para tener su gran corazón. ¡Ah! que haríais con él, está lleno de lepra. Le pedí entonces su bendición"*.

El 1 de abril, como la temperatura subía, el doctor Swift aumentó la dosis de antipirético, le dio algunos granulados de cloral para que tomara cada hora y aconsejó velarle día y noche.

Su estado mejoró os días siguientes y pudo recibir algunos visitantes, sobretodo Ambrosio Hutchinson y Meyer que intentó hablar de unas y otras cosas, por serle tan penoso el último adiós. Éste relató al Consejo que el fin estaba próximo. El 4 de abril la temperatura y el pulso habían bajado, pero Damián rehusó tomar un poco de leche en que el doctor había hecho batir huevos y ron. Swift hizo saber a Emerson que no tenía provisoriamente el tiempo de comentar las fotos para el doctor Morrow, porque consagraba todos sus "placeres" al moribundo. En la misión de Honolulu, nadie parecía darse cuenta de la gravedad de la situación; el padre Clemente encargó a su compañero que *"recibiera 50 intenciones de misa, la 1/2 por los vivos y la 1/2 por los difuntos"*.

El 6 de abril, como la fiebre persistía, Swift procedió a un examen profundo de su enfermo y diagnosticó una "peligrosa fiebre palúdica" que se encontraba a veces en los leprosos presentando un estado avanzado de tuberculosis, en consecuencia de lo cual Damián moría de agotamiento. Ante el rechazo incomprensible de Damián de tomar la quinina así como todo alimento por vía rectal que estimaba indigno de un sacerdote, Dutton explicó al médico que el misionero se había prometido morir el día que él mismo había determinado y que sería sacrílego el impedirselo; sería de todos modos más útil a los leprosos en el cielo que en la tierra. Dutton ya había por otro lado ordenado cavar la tumba de Damián bajo el pandano y para solidificarla, Jack McMillan había colado cemento en la fosa. Wendelin, que se acercaba tan a menudo

como le era posible a la cabecera de Damián, estaba admirado de su *"afecto por la congregación, Cuántas veces me dijo: Padre, usted representa aquí para mí a la congregación, ¿no es así? Digamos juntos las oraciones de la Congregación. Qué dulce es morir hijo de los Sagrados Corazones. Me encargó varias veces escribir a Nuestro Rvdmo. Padre para decirle que su mayor dulce consolación era morir miembro de los SS.CC."*

El 8 de abril, después de la comunión de medianoche, Damián aceptó tomar un gránulo de quinina y un *whisky toddy*, una mezcla de agua caliente azucarada añadiéndole scotch que hacía bajar su temperatura.

Köeckemann escribió al superior general: *"El RPD quizás esté probablemente muerto a la hora que es. Esperaba que le vería aún en actividad después de Pascua, época anunciada después de varios meses para una visita pastoral a la leprosería. Tenemos razones para esperar que la muerte de este mártir de caridad no nos causará demasiadas dificultades. Ha reglamentado las cosas según nuestros deseos. Las limosnas recibidas por él están en la banca a mi nombre, enteramente separadas de los fondos de la misión. Hay unos 37.000 dólares; daré plenos poderes al sucesor, el R.P. Wendelin, para disponer de este dinero exclusivamente a favor de la leprosería según la intención de los donantes. El R.P. Wendelin se muestra muy razonable, es muy activo, celoso y popular con los enfermos. Temo del lado del R..P. que, con su constitución débil y con tendencia a la fiebre, su carácter seco y agrio, reproche a los superiores no hacer lo que es imposible - moralmente".* Añadía algo revelador: *"Cuando la noticia de la muerte del R. P. Damián les llegue, se podrá bien publicar sus elogios sin reserva, ya que las miserias no se tratan más que entre nosotros. Haremos un servicio solemne por él".*

El 11 de abril, Damián estaba todavía vivo. El doctor Swift le administró un nuevo *whisky toddy* para calentarle, así como dos gránulos de quinina. Meyer anunció esta buena nueva al Conejo añadiendo que había dado su consentimiento para la construcción de la nueva casa parroquial del padre Wendelin, de un dispensario para el doctor Swift en Kalaupapa y de una cocina para el hogar de los huérfanos; había también hecho colocar una nueva verja alrededor del cementerio, por estar la antigua totalmente oxidada. Creyendo que De Veuster iba mejor arriesgó una broma: "Hasta los santos y los mártires deben a veces dar prueba de un poco de paciencia". El informe del doctor Swift al Consejo era de todo un distinto tono: "Pobre hombre, ha sido un paciente difícil, pero al presente está perfectamente consciente de su estado y sigue dócil todas mis directrices. No he abandonado toda esperanza de cura pero no hace falta decir que su estado es crítico".

Hasta el 12 de abril, Sinnet y Dutton le instalaron cada día sobre la veranda para que pudiese aprovechar el sol. Los niños venían a saludar y los adultos pasaban para asegurarse de que su *makua*, su padre, era una realidad. A partir del 12, decidió permanecer en el lecho; a pesar de su fiebre persistente, gozaba todavía de toda su lucidez y pidió a Dutton que efectuara los pagos aún debidos, que cerrara la contabilidad y transfiriera los documentos a la banca, todos los papeles relativos a los fondos y las cartas de Inglaterra debían ser conservadas.

El 13 de abril, Swift le sugirió un lavado de leche que rehusó; aceptó por el contrario un *whisky toddy* y dos cápsulas de quinina. Por la tarde, las religiosas vinieron a verle; se arrodillaron a los pies de su lecho y le pidieron que las bendijera implorando también que rezara por ellas cuando estuviera en el cielo. Extenuado por el esfuerzo, las hizo una última petición: ocuparse de sus niños después de su muerte; no se sabe si accedieron. Después de su marcha, se le declaró una diarrea que se revelaría fatal. Damián autorizó a Swift para que le administrara un lavado de almidón y de opio. El médico relata la agonía a uno de sus colegas: "Era un hombre que no debiera haber muerto. Sufría era una enfermedad para la que habíamos casi encontrado un remedio. No he trabajado para la lepra, porque ella no era el factor principal en este caso, y, llegado el caso, yo no hubiera podido hacer nada allí". Consciente de la celebridad de su paciente, el doctor decidió realizar un documento fotográfico para la posteridad. Dutton ayudó a Damián casi inconsciente a enderezarse sobre sus almohadas y el doctor tomó varios clichés mostrando a un hombre de una mirada dulce, ligeramente alelado y casi suplicando, las manos desmenuzadas y cubiertas de costras, reposando inertes sobre la manta. Aquella noche, poco después medianoche, Wendelin le dio la comunión por última vez. "De un momento a otro perdía el conocimiento. Me reconoció, me habló y nos dijimos adiós. Murmuraba: *"congregation.... child.... enfants... Monsignor.... arrived Honolulu.... Palm Sunday.... Adieu Wendelin"*. Quiso ver una vez más a sus huérfanos y bendijo a los pequeños grupos que desfilaron por su cabecera, acordándose de los nombres de algunos de ellos.

Al día siguiente, Dutton le declaró: "Tu deseo ha sido escuchado. Has llegado al domingo de Ramos y te vas el mismo día". Wendelin volvió a verle después de los Oficios: *"Encontré al padre bastante fuerte, pero sus ideas no estaban claras. Leía en sus ojos la resignación, la alegría, la satisfacción, pero sus labios ya no podían articular los actos que formaba su corazón. En los entretiempos me apretaba la mano afectuosamente"*. A las once de la noche, Dutton salió a la terraza para hacer signo a todos los que se habían reunido sobre el césped y en el cementerio de comenzar la vigilia mortuoria. Conrardy había organizado una adoración del Santísimo Sacramento en la iglesia, que estaba llena. Numerosos pacientes quisieron subir a la habitación de Damián para asegurarse de que su *makua* recibía bien el tradicional masaje *lomi lomi* y no agonizaba en la soledad., pero se lo impidieron: esta muerte era un asunto de blancos. Al levantarse el sol, Sinnet alumbró, en la cabecera de Damián, un cirio consagrado, mientras que Conrardy recitaba las oraciones de los moribundos.

Yendo a Kalawao, Wendelin se encontró con un mensajero que le anunció que Damián había entregado su alma a las ocho de la mañana entre los brazos de Sinnet. El cadáver estaba expuesto en la mesa del comedor, revestido de una casulla blanca, de estola y manípulo. Conrardy y los hermanos le habían endosado estos ornamentos sacerdotales por encima de su sotana, olvidando de vaciar los bolsillos y de coger su lápiz de carpintero con el que fue enterrado.

Las religiosas llegaron por su parte y fueron acogidas por una muchedumbre silenciosa con los ojos enrojecidos. "Un rebaño sin pastor", constató sor L. Leopoldina. Madre Mariana entró con un paso firme en la habitación mortuoria: "Venimos a rendir homenaje a Damián. Él reclama su recompensa y rehusó de lamentarme". El difunto parecía pacificado y feliz, todos los signos de la lepra habían desaparecido de su rostro; sor Leopoldina gritó el milagro, cuando este fenómeno era totalmente corriente. Las religiosas reposaron al lado de los despojos, antes de ponerse a adornar el ataúd de madera bruta, de sarga negra y satín blanco, y de fijar en él alfileres que debían crear la ilusión de diamantes. A las once, el ataúd fue llevado a la iglesia.

El martes santo, Dutton hizo colocar a media hasta las banderas de todas las asociaciones que se ocupaban de los enterramientos y se daba prisa en atribuir tareas específicas a los miembros de los cuatro grupos, cuando Wendelin tomó las cosas en sus manos. Al estar ya el ataúd en la iglesia, el coche fúnebre no debía intervenir y cuatro leprosos *haole* llevarían el cadáver al cementerio. Dutton y Conrardy comprendieron que un nuevo viento empezaba a soplar.

La madre Mariana y sor Vicenta llegaron de Kalaupapa con las jóvenes válidas dejando a las que guardaban cama. Las jóvenes pensionistas del hogar, ceñida la cintura con un echarpe negro y el sombrero cubierto de un crespón fúnebre, se instalaron en las primeras filas de la iglesia, delante de los niños del orfanato. La fanfarria entonó el *Musz ich denn* tradicional en Molokai, pero Wendelin les ordenó que no tocaran más .que música de difuntos por respeto al difunto. Después de la misa celebrada por Wendelin asistido por Conrardy, el cortejo se puso en marcha. *"Un hombre llevaba una gran cruz, después venían los músicos y los miembros de todas las asociaciones, a continuación las hermanas con las mujeres y las jóvenes. El ataúd llevado por ocho blancos leprosos, británicos, irlandeses, un polaco y americanos. Detrás marchaba el sacerdote oficiante acompañado por el R. P. Conrardy y los acólitos seguidos de los hermanos [Dutton y Sinnet] son sus chicos y los hombres"*

Todos se pararon ante la fosa cavada al pie del pandano bajo el que Damián quería reposar por la eternidad, a lado de la pequeña niña que tenía miedo a la oscuridad. *"Allí es donde su cuerpo reposa, relata Wendelin, esperando una resurrección gloriosa. Esta vuelto a altar. La hoya esta cerrada con una fuerte capa de cemento. Allí es donde están los preciosos restos del buen P. Damián, a quien el mundo llama con razón el héroe de la caridad"*

.....